

Pensar el Doble. Del Narcisismo Primario a la Construcción de la Alteridad

Johann Jung

^ψA partir de la introducción que hizo Freud no cesa de debatirse, en el seno de la comunidad psicoanalítica, la noción del narcisismo primario haciendo referencia históricamente a un estadio “anobjetal” que precede el reconocimiento efectivo del objeto.

Esta posición teórica, aunque haya sido refutada por algunos analistas en nombre de la existencia precoz de relaciones de objeto, o más aún en nombre de una diferenciación establecida de entrada entre el sujeto y su entorno, corresponde en Freud a la necesidad de pensar los orígenes del psiquismo. En este sentido, la investigación de un primer estado, que va a calificar en 1938 de narcisismo primario absoluto, tiene que ser comprendido más globalmente a la luz de la reformulación teórica de los años 20 en el sentido de un mito fundador.

Sin embargo, y aunque algunos enunciados de Freud permiten matizar esta concepción, su persistencia en el pensamiento psicoanalítico contemporáneo sigue planteando un cierto número de dificultades a la hora de pensar en los primeros lineamientos de la construcción de la subjetividad, y en aquello que está en juego en el corazón de los sufrimientos narcisistas e identitarios.

La clínica actual de estas formas de sufrimiento muestra cómo el objeto, aunque desconocido en su alteridad propia, se ha “impuesto” precozmente a la subjetividad. El objeto no está ausente sino incorporado al yo bajo una forma inasimilable e impensable, alterando considerablemente la construcción del narcisismo primario. En estas coyunturas psíquicas, en donde “la sombra del objeto ha caído sobre el yo”, el sujeto ya

no está capacitado para distinguir y calificar suficientemente lo que en el interior de él tiene que ver con el objeto o consigo mismo. La alteridad del objeto se percibe entonces como formando parte de sí y provista de atributos del yo, esto tiene como consecuencia amenazar a la subjetividad de un estado de alienación.

Esta aproximación del narcisismo primario choca igualmente con los recientes descubrimientos de las neurociencias y de la psicología del desarrollo, a partir de los cuales ya no es posible hoy en día pensar al sujeto como estando “cortado” o “confundido” con su entorno, y esto incluso en un estadio precoz. Numerosos trabajos subrayan, por el contrario, la existencia a partir del nacimiento de un compartir estados emocionales entre el recién nacido y su entorno, así como una capacidad para distinguir lo que viene de sí y lo que viene del otro sujeto. Por ejemplo, el bebé desarrolla muy pronto un conocimiento implícito del cuerpo como entidad diferenciada, lo que Ph Rochat llama “un sentido ecológico de sí”. La puesta en evidencia de estas aptitudes precoces ha conducido a un cuestionamiento del narcisismo primario contemplado como un estadio primitivo del desarrollo (Ph Rochat, D. N. Stern) a partir del cual el sujeto no podría percibir una diferencia con su entorno, éste no sería ni reconocido ni diferenciado.

Estas consideraciones reenvían al impasse teórico de un narcisismo primario definido sucesivamente por Freud como un estado autárquico independiente del objeto (1911), después como un estado anobjetal caracterizado por la indiferenciación primitiva sujeto/objeto (1920).

^ψ *Association Recherches en psychanalyse | « Recherches en psychanalyse » 2015/1 n° 19 | pages 77 à 86 ISSN 1767-5448. Traducción de Pilar Puertas Tejedor.*



Cuestionando el estatus anobjetal del narcisismo primario, estas nuevas investigaciones han permitido recientemente volver a pensar más matizadamente su inscripción metapsicológica, reconsiderando notablemente el rol del objeto en su edificación. Este giro de la teoría permite igualmente, como vamos a verlo aclarar por otro lado, la construcción de la identidad subjetiva -así como la relación que mantiene con la problemática de la alteridad y del doble- en cada etapa de su desarrollo.

El Narcisismo Primario en Debate

Los elementos del debate actual sobre el narcisismo primario permiten inferir, según R. Roussillon, dos posiciones diferentes sin que sin embargo sean antagonistas. La primera se ilustra en los trabajos de M. David y B. Golse a partir de la hipótesis, según la cual, los estados de conciencia del bebé no son continuos. La actividad psíquica y en particular la que concierne a los estados de conciencia del bebé, se expresarían de modo esporádico; el reconocimiento o la percepción diferenciada del objeto alternaría de este modo con momentos de desconocimiento y/o indiferenciación, ligados por ejemplo a ciertas manifestaciones de la vida pulsional. De este modo, B. Golse (2010) concibe la construcción de la intersubjetividad en un vínculo dialéctico “entre momentos de intersubjetividad primaria efectivamente posibles de entrada, aunque fugitivos, y probables momentos de indiferenciación”.

Según R. Roussillon esta posición reenvía a la cuestión de saber si se debe continuar pensando al bebé en el sentido de una unidad, lo cual parece suponer la teoría de un narcisismo anobjetal, o por el contrario pensarlo en el sentido de una nebulosa subjetiva (M. David) que se unificaría secundariamente a partir de aquello que está en juego en la maduración.

Deconstruyendo la concepción de un sujeto que existiría de entrada bajo una forma estable y duradera, esta posición permite complejizar lo que se entiende por narcisismo primario y reconsiderar el rol del objeto en su constitución, uniéndonos a la fórmula de Winnicott según la cual “un bebé solo no existe”. Esta perspectiva reenvía igualmente al debate epistemológico entre los

partidarios de la observación directa de bebés a partir de la observación de las interacciones precoces, y aquellos que defienden, por el contrario, la perspectiva de una reconstrucción de la vida psíquica y de la vida subjetiva a partir de la clínica.

La segunda posición, desarrollada por R. Roussillon, da cuenta de la necesidad de salir de aquellos conceptos tales como que “el bebé reconoce o no reconoce la existencia del otro”. Si el bebé está capacitado para percibir el mundo de los objetos y de “reconocer” algunas formas de la diferencia, esta percepción depende al mismo tiempo de una cierta concepción del otro, o de su diferencia, correspondiente a su nivel de desarrollo.

La cuestión que se impone al autor ya no es que el bebé reconozca la existencia o no de la madre, sino más bien ¿cómo la diferencia percibida es significada, y consecuentemente, qué tipo de relación se puede establecer?, está problemática reencuentra la forma en la que el bebé categoriza “su relación con el objeto” y en la que significa subjetivamente lo que percibe.

De este modo, la representación de una actividad psíquica primitiva del bebé, que oscila entre percepción diferenciada del objeto y desconocimiento del objeto, debe poder dialectizarse con la segunda posición que interroga el nivel de reconocimiento del objeto. Por ejemplo, el bebé puede percibir y discriminar ciertas estimulaciones del objeto con relación a sus propios movimientos (J. Decety 2002-2004) sin que sea, por otro lado, capaz de concebir y de reconocer al objeto en su exterioridad como “un objeto otro sujeto” (R. Roussillon) provisto de intenciones y de deseos propios.

Estos elementos nos conducen a aprehender el establecimiento de un narcisismo primario a partir de dos categorías de procesos o dos corrientes psíquicas a priori antagonistas pero que, sin embargo, se co-construyen recíprocamente al hilo del desarrollo.

Las Dos Corrientes del Narcisismo Primario

La primera categoría reúne procesos destinados a sostener el establecimiento de una continuidad interna según el principio de la identidad de percepción. Esta primera corriente, que se puede



calificar de “narcisista” ya que tiende hacia el registro de lo mismo y de la identidad de sí, evoca la noción del doble anímico propuesta por C. y S. Botella (2001). Siguiendo la definición que dan, el doble anímico es ahora “un estado del psiquismo que no capta nada del mundo que no sea referido a uno mismo, el mundo no es más que un espejo donde se refleja por proyección”. Situado cerca del polo perceptivo, el doble anímico constituye un modo de pensamiento primario dominado por lo perceptivo y lo alucinatorio, en donde percepción y motricidad están confundidas. Concebido de esta manera, el animismo en doble ignora la alteridad (C. y S. Botella 2001) y consistirá fundamentalmente en *fabricar lo mismo allá donde el sujeto encuentra lo otro*.

Por lo tanto, aunque la alteridad sea ignorada por la corriente “narcisista/anímica”, el objeto no está ausente sino investido como una prolongación de sí mismo. Esta investidura sostiene lo que se puede llamar una “relación de identidad” que opera con el entorno para el mantenimiento de un estado de indiferenciación primitiva. Este modo de investidura continuo en doble jugará de esta manera un rol fundamental en la instauración de una continuidad psíquica, contribuyendo notablemente al establecimiento de una ilusión narcisística primaria.

Pero la subjetividad no puede construirse únicamente en el registro de la identidad a sí, no puede establecerse exclusivamente en las formas de lo mismo o en la investidura del otro como sí. Es por lo que paralelamente a la investidura de un objeto-doble anímico continuo, y a partir de los trabajos mencionados precedentemente, planteamos la hipótesis de que la subjetividad naciente encuentra de entrada una forma de alteridad primaria, aunque no sea aún concebida/reconocida “subjetivamente” en una dimensión de exterioridad. La distinción entre lo de dentro y lo de fuera no está aún en este estadio significada simbólicamente.

Sin pretender una sucesión temporal podemos pues distinguir una segunda categoría del proceso esta vez vuelta hacia el objeto y que definiría, en el núcleo del narcisismo primario, una “corriente objetal” que tendría un objetivo diferenciador, lo que supone potencialmente el reconocimiento de una primera forma de alteridad.

En apoyo sobre la corriente anímica, y sobre la capacidad precoz en distinguir una alteridad primaria, la corriente objetal permitiría la construcción progresiva de una alteridad reconocida como tal, es decir, exterior e independiente del sujeto, y consistirá en *fabricar lo otro allá donde el sujeto encuentra lo mismo*.

Al hilo del desarrollo precoz la corriente objetal se ilustra particularmente en momentos de apertura relacional, o más aun, momentos de compartir estésico y afectivo, que sostienen la construcción progresiva de un objeto diferenciado de sí, a partir de la dinámica homosexual primaria “en doble” (Roussillon 2004-2008). Lo que significa que estas investiduras objetales solo podrán realmente desarrollarse si el sujeto está suficientemente asegurado en una continuidad anímica. Cuando la corriente narcisista no llega a establecerse de una manera suficiente, cuando el animismo primario no está suficientemente sostenido y confirmado por el objeto en los primeros tiempos de la relación precoz con el entorno, el sujeto se encuentra entonces confrontado a una ruptura del vínculo primario con el objeto y a un fallo en su organización narcisista en lugar de a una continuidad anímica. No pudiendo ser asimilada al yo, la alteridad “encontrada demasiado pronto” se impone a la psique e invade la subjetividad: el sujeto encuentra al otro allá donde fracasa en constituirle como lo mismo. El impacto traumático primario del encuentro con la alteridad del objeto interfiere en la relación homosexual primaria “en doble”, y por lo tanto en la capacidad ulterior a investir al objeto como un “otro sujeto”.

A la inversa, una corriente narcisista suficientemente bien establecida permitirá, gracias a la seguridad de una continuidad narcisística con el objeto, sostener la corriente objetal y del mismo modo favorecer la investidura de un doble simultáneamente mismo y diferente de sí, un “doble transicional” que acompañará al sujeto en su encuentro con la alteridad.

Esta concepción converge con numerosos trabajos de psicólogos del desarrollo sobre la empatía, la imitación precoz, (J. Decety 2002; 2004) o la intersubjetividad primaria (C. Trevarthen, 2003). Se acopla igualmente en el campo de las neurociencias con la hipótesis de un “sistema de



lo otro” (N. Georgieff, 2007), “esencialmente diferente de sí”, que *regularía* la tendencia biológica e innata en fabricar lo mismo, designado por otro lado como un “sistema de lo mismo”. Por oposición, este sistema de lo mismo, o de lo otro como sí, permitiría el establecimiento de “una representación de lo otro idéntica a sí gracias a las representaciones compartidas”.

Según N. Georgieff, esta diferenciación de un sistema de lo mismo y de un sistema de lo otro reposa sobre la distinción de dos niveles de alteridad: una alteridad “imaginaria” en la cual la alteridad aparecería como una forma especular de “identidad al yo”, y una alteridad radical y “extraña al yo”. La hipótesis de una regulación “del sistema de lo mismo por el sistema de lo otro” sugiere, por otro lado, la existencia de gradientes intermedios entre estos dos polos. Por ej., se puede contemplar entre estos dos sistemas formas de alianza en donde lo mismo y lo otro no se establecen en una relación de oposición paradójica, sino que encuentran por el contrario una forma en la que se armonizan. Esta armonización no anula la diferencia entre lo mismo y lo otro, sino que religa estos dos registros en una relación paradójica “no antagonista” que sostiene al sujeto en su encuentro con la alteridad.

Todos estos señalamientos nos conducen a subrayar la importancia del rol del doble en la construcción del narcisismo primario.

La Necesidad del Objeto Doble

Si históricamente la cuestión del doble se ha pensado en una perspectiva defensiva (O. Rank, 1922; S. Freud 1919), los trabajos de Lacan y después de Winnicott sobre el espejo, han permitido resituar su campo asociándolo a la problemática de la simbolización y de la subjetivación. En Lacan (1949), el estadio del espejo constituye un momento fundador del desarrollo, allá donde el yo adviene a sí mismo como otro en la identificación con su propia imagen especular. Esta identificación sostiene el establecimiento de un primer esbozo del yo, gracias al cual el sujeto podrá experimentarse bajo una forma unificada. De este modo, siempre asegurando una permanencia mental del yo, la experiencia del espejo instaure una nueva relación a sí, una experiencia de sí más

imaginaria que “objetiva”, o bien aliena la identidad a esta imagen y a la imagen del semejante.

Es diferente la perspectiva de Winnicott (1971) por la cual el espejo es inicialmente un espejo vivo caracterizado por la función reflexiva del rostro materno. Cuando el bebé mira a su madre, nos dice el autor que lo que ve en general es a sí mismo, a condición añade, que lo que su rostro exprese esté en relación directa con lo que ella ve. En esta coyuntura intersubjetiva primaria hay de alguna manera una superposición entre investidura narcisista y objetal, es decir, que el bebé hace la experiencia de ser él mismo a través del otro, el objeto es investido como un doble de sí.

El objeto investido en su función espejo tendría aquí como tarea el articular las categorías de lo mismo y de lo otro, o por decirlo de otra manera, *armonizar las investiduras narcisistas y objetales*. De esta manera, el aporte de Winnicott permite pensar la investidura de “un objeto doble, espejo de sí” como una salida a la paradoja de un narcisismo primario atravesado por dos corrientes contrarias.

Se puede decir que esta doble vectorización del narcisismo primario, a la vez orientado hacia los registros de lo mismo y de la alteridad, implica -como acabamos de verlo- la investidura del objeto en doble, progresivamente construido y significado como doble de sí, es decir, simultáneamente “igual y diferenciado de sí” antes de ser descubierto como un “objeto-otro-sujeto”.

Esta forma de doble que he propuesto nombrar “transicional” (J. Jung 2010, 2013), tiene como particularidad articular sin oponerlas las categorías de lo similar y de lo diferente, la corriente narcisista y objetal y sobre todo, permite transicionalizar la paradoja del narcisismo primario confrontado desde el origen a la cuestión de la identidad de sí y de la alteridad a sí.

La investidura de un objeto-doble transicional puede ser rastreada alrededor de dos tiempos esenciales de la subjetividad que jalonan la trayectoria identitaria.

El Doble Encontrado-Creado

El primer tiempo concierne al encuentro precoz con un objeto-doble encontrado/creado constitutivo de una ilusión narcisista primaria, gracias



a la cual, el sujeto puede investir al objeto como a sí mismo. Este primer vínculo no podrá establecerse más que con la contribución del objeto y su capacidad de adaptarse a las necesidades del bebé, esto es lo que se define como el estado de preocupación materna primaria. Entre los registros de las respuestas del objeto que corresponden al establecimiento de una ilusión así, podemos pensar en los acoplamientos precoces descritos por Stern (1989) y desarrollados por R. Roussillon (2004, 2008), o más aún en las formulaciones de C. Parat (1995) sobre el afecto compartido.

Siguiendo este registro de la relación en doble, las investiduras anímicas en doble encuentran, en su recorrido, las respuestas del objeto que van a permitir al sujeto sentirse a sí mismo e integrarse alrededor de un primer sentimiento de identidad. Dicho de otra manera, y paradójicamente, el sujeto se encuentra/crea a sí mismo allá donde es reflejado por el objeto, la identidad es encontrada/creada a partir de la reciprocidad de las investiduras en doble que circulan en el núcleo de la diada primitiva. La investidura del objeto coincide aquí con la investidura de sí.

La investidura del objeto sobre el modo encontrado-creado sostiene, en este sentido, una primera armonización de los registros de lo similar y del otro, transicionaliza las dos corrientes del narcisismo primario permitiendo un trabajo de asimilación de la alteridad y de las respuestas del objeto al yo. Estas respuestas deberán ser conformes a las lógicas del narcisismo primario que contribuyen al mismo tiempo a situar: el desconocimiento de la alteridad del objeto, la ilusión de estar en el origen de su propia satisfacción y la experimentación de la continuidad con el mundo del entorno.

El Doble Destruído/Encontrado

En el desarrollo y la construcción del vínculo con el objeto que lleva al descubrimiento de su exterioridad, la relación en doble se puede pensar alrededor de un segundo tiempo esencial del doble encontrado/creado, el doble destruido/encontrado.

Si la investidura del objeto-doble encontrado/creado crea las condiciones de una relación a sí, fundada sobre la continuidad y la presencia

del objeto, a la inversa, el objeto-doble destruido/encontrado, reenvía a la construcción del objeto diferenciado, a la puesta a prueba del vínculo primario y de la relación de identidad que resulta, así como a las formas correspondientes de la supervivencia del objeto. La emergencia de la destructividad consecuente al fracaso de las investiduras en encontrado/creado, hace posible -en las condiciones en donde el objeto sobrevive- el descubrimiento de la capacidad del objeto para reflejar las vivencias subjetivas del sujeto. El objeto-doble asimilado al yo (encontrado/creado), no está perdido sino (re)encontrado fuera (destruido/encontrado) a partir del descubrimiento de la función espejo del entorno. La supervivencia del objeto-doble contribuye así a la constitución de una primera distinción entre una representación interna del objeto-doble, que ocupará el lugar de espejo psíquico interno, y una representación externa del objeto-doble.

A partir del descubrimiento de la exterioridad del objeto, y de su función de espejo, la investidura del objeto-doble destruido/encontrado completa la construcción en dos tiempos de un “doble transicional” en la medida de combinar, en el núcleo de la misma figura, los aspectos característicos del narcisismo primario (continuidad, presencia, relación de identidad, desconocimiento de la alteridad, ilusión) con los correspondientes al acontecimiento del narcisismo secundario (discontinuidad, ausencia, relación de objeto diferenciada, reconocimiento de la alteridad, desilusión).

De esta manera, la descripción de dos tiempos del doble transicional nos aclara sobre la construcción de diferentes formas de alteridad que acompañan la subjetividad al hilo de la construcción del narcisismo y de la identidad.

Trayectoria de la Alteridad

La Alteridad Primaria

La descripción de un narcisismo primario atravesado por dos corrientes antagonistas nos ha conducido a postular la existencia de una alteridad primaria. La alteridad primaria se refería a la aptitud del bebé para discriminar muy pronto sus propias acciones de las del otro (J. Decety 2002;



2004), y la puesta en evidencia de una consciencia innata de los estados subjetivos de las otras personas (C. Trevarthen, 2003), o más aún, a la construcción precoz de un “sentido ecológico de sí” (Ph Rochat 2003).

La hipótesis de una alteridad primaria permite pensar teóricamente en la construcción de una alteridad que podría progresivamente ser reconocida como tal.

La alteridad primaria constituiría, de esta manera, una forma matricial de la alteridad similar al doble anímico, vis a vis de las otras formas del doble. Pero la coexistencia de una identidad y de una alteridad a sí, invita también pensar en el momento del nacimiento de la subjetividad, en las dos corrientes del narcisismo primario como movimientos independientes no aún unificados en lo que llegará a ser secundariamente -bajo la forma integrada- una alteridad imaginaria.

Añadamos que esta forma precoz de alteridad insta una primera distancia identitaria, es decir, una tensión potencial entre las experiencias de continuidad identitaria y las experiencias de no identidad a sí.

Introduce la idea de una primera diferenciación en un sistema subjetivo donde reina la identidad de percepción. Para formular esta paradoja avanzaría la hipótesis de que, en este nivel de organización subjetiva, identidad y alteridad “se oponen y no se oponen”; la alteridad forma parte integrante de la identidad introduciendo una primera diferencia con ésta en el origen de su establecimiento.

Esta perspectiva nos lleva a evocar una representación originaria constitutiva del inconsciente, o para ser más precisos, de lo que llegará progresivamente bajo la forma de una primera distinción entre la huella de la experiencia y su primera puesta en forma subjetiva.

De esta manera, a la imagen de una “identidad subjetiva no todavía unificada” debido a la relación con un “objeto-doble encontrado/creado”, la alteridad primaria puede ser considerada como una alteridad fragmentaria y parcial, una alteridad de superficie todavía desconocida en sus efectos diferenciadores.

La alteridad imaginaria

A diferencia de la alteridad primaria, la alteridad imaginaria o especular resulta del encuentro con un “objeto-doble encontrado/creado”, y corresponde a un primer momento de integración y armonización entre las investiduras anímicas/narcisistas y las investiduras objetales. La alteridad imaginaria se abre de esta manera sobre la creación de un espacio imaginario, permitiendo al sujeto integrarse o captarse a sí mismo a través del otro y realizar también la experiencia de una ilusión narcisista primaria. La alteridad imaginaria se presenta pues como una alteridad identificada al yo (N. Georgieff, 2007), estrechamente ligada a los procesos de incorporación a partir de las investiduras en “doble encontrado/creado”. Éste es el tiempo del compartir estésico, y de la puesta en marcha de la “homosexualidad primaria en doble” (R. Roussillon 2004, 2008). La alteridad imaginaria participa de esta manera en la constitución del narcisismo primario.

Pero la clínica de las problemáticas narcisísticas/identitarias muestran que esta manera de alteridad puede igualmente ser fuente de alienación para el sí primitivo, en particular cuando las necesidades psíquicas del bebé no son tomadas en cuenta y no pueden ser satisfechas, o de manera general, cuando las respuestas del objeto primario no llegan a acoplarse con los estados psíquicos del bebé. Se puede decir que este tipo de respuesta interfiere en el establecimiento de una ilusión narcisista primaria, el sujeto encuentra entonces al otro allá donde debería haberse encontrado, encuentra lo otro allá donde debería haber encontrado lo mismo, es decir, las respuestas del objeto no son congruentes con los movimientos psíquicos del sujeto, no son homogéneos al sí mismo primitivo: la sombra del objeto cae entonces sobre el yo. Lo que se genera es la creación de una zona de alienación subjetiva, de confusión identitaria resultante de la incorporación de una parte del objeto inadecuada al sí mismo primitivo, de una parte de sí mal “reflejada por el objeto”. Entonces se corre el riesgo de que se establezca una “ilusión negativa de sí” (Roussillon, 1999), es decir, la ilusión de estar en el origen de lo malo y del *mal ser* en sí mismo, consecuente a la insatisfacción de la necesidad primaria de estar “bien” reflejada por el



objeto, favoreciendo la puesta en marcha de defensas narcisistas organizadas alrededor de la escisión, en lugar de una necesidad narcisística primaria.

La alteridad simbólica

Finalmente, en su trayectoria en doble, la identidad subjetiva se construye -al hilo del paso por el narcisismo secundario- a partir de un tercer nivel de alteridad correspondiente al descubrimiento de la función reflexiva del objeto y a la constitución de un espejo psíquico interno independiente del objeto externo, a saber, la “alteridad simbólica”.

La alteridad simbólica es una alteridad producida por la actividad de simbolización, estrechamente ligada al proceso de introyección. Se puede decir que la alteridad simbólica supone, a diferencia de la alteridad imaginaria, el reconocimiento por parte del sujeto de una alteridad independiente y extraña a sí, así como el acceso a la representación de la ausencia; dicho de otra manera, a la renuncia de “representarlo todo”. Va a ser este límite el que permita al sujeto representarse que no se representa, representarse que una parte del objeto y/o de sí mismo se le escapa.

A partir de ahora la alteridad simbólica se presenta al yo como una alteridad mediatizada por la representación de la ausencia, el sujeto puede reflejarse a sí mismo, reflejar su alteridad y la del objeto, al mismo tiempo que rechaza, gracias al espejo interno, la alteridad irrepresentable (C. y S. Botella, 2001).

La alteridad simbólica permite de esta manera al sujeto estructurarse en una “relación a sí simbólica” que une y separa al sujeto del objeto, la identidad de la alteridad. Hasta ahora percibido e investido sin estar reconocido subjetivamente en su exterioridad, el objeto se constituye -a partir del segundo tiempo de la relación en doble que hemos descrito- como un otro sujeto. Es decir que, no solamente el objeto es percibido e investido como un otro diferente del sujeto, sino que es igualmente reconocido como otro sujeto, provisto de deseos e intenciones propias, y de un funcionamiento psíquico diferenciado y autónomo. Esta modificación de la relación con la alteridad introduce una nueva era subjetiva gracias a la creación

de una nueva relación con el objeto que delimita la tópica interna.

Pero debemos precisar que, si esta nueva configuración permite representarse la alteridad del objeto y las particularidades ligadas a su subjetividad, no hace desaparecer el vínculo en doble. Ciertamente éste no aparece ya delante de la escena, pero va a continuar a ejercerse de una manera discreta bajo la forma interiorizada de un espejo psíquico encargado de ligar reflexivamente las experiencias subjetivas del sujeto.

Esto significa que el objeto puede ser investido como otro sujeto sin que este investimento amenace la continuidad identitaria.

Añadamos finalmente para terminar que la alteridad del objeto, una vez admitida y reconocida en su exterioridad, podrá ser utilizada como un espejo de su propia alteridad y favorecer, gracias al mantenimiento de la relación en doble, el reconocimiento en sí de un otro sí-mismo.

La alteridad simbólica se abre de esta manera sobre el reconocimiento de una diferencia entre alteridad interna y alteridad externa, entre lo de dentro y lo de fuera, igualmente entre “sí y sí”, entre diferentes momentos de sí.

A partir de la puesta en evidencia de una doble corriente del narcisismo primario y de la necesidad de una investidura del objeto en doble, la exploración de las formas de no identidad a sí o de alteridad nos parece, de esta manera, poder constituir un eje complementario para captar los procesos por los cuales un sujeto llega a construir “su identidad” y a experimentarse y a pensarse a sí mismo, inicialmente en presencia del objeto y después en la relación de sí a sí que es heredera de la anterior.



Referencias:

- Balint, M. (1972). *Amour primaire et technique psychanalytique* (1952). Paris: Payot.
- Botella, C. & Botella, S. (2001). *La figurabilité psychique*. Lausanne-Paris: Delachaux & Niestlé.
- Decety, J. (2002). Neurobiologie des représentations motrices partagées (105-130). In Nadel, J., Decety, J. & al. *Imiter pour découvrir l'humain*. Paris: PUF.
- Decety, J. (2004). L'empathie est-elle une simulation mentale de la subjectivité d'autrui ? (53-88). In Berthoz, A., Jorland, G. & al. *L'empathie*. Paris: Odile Jacob.
- Di Rocco, V. (2007). Le narcissisme primaire: une construction psychotique. *Filigrane*, 16(2), 97-108.
- Freud, S. (1950). *Abrégé de psychanalyse* (1938). Paris: PUF.
- Freud, S. (1996). L'inquiétant (1919). *Œuvres complètes*, XV. Paris: PUF.
- Freud, S. (1996). Au-delà du principe de plaisir (1920). *Œuvres complètes*, XV. Paris: PUF.
- Freud, S. (1997). Pour introduire le narcissisme (1914) (81-106). *La vie sexuelle*. Paris: PUF.
- Georgieff, N. (2007). Neurosciences en psychopathologie: une psychopathologie plurielle (507-553). In Roussillon, R. & al. *Manuel de psychologie et de psychopathologie clinique générale*. Paris: Masson.
- Georgieff, N. (2008). L'empathie aujourd'hui: au croisement des neurosciences, de la psychopathologie et de la psychanalyse. *Psychiatrie de l'enfant*, 51(2), 357-393. Paris: PUF.
- Golse, B. (2010). *Les destins du développement chez l'enfant*. Paris: Erès.
- Jung, J. (2010). Du paradoxe identitaire au double transitionnel: le *Horla* de Maupassant. *Revue Française de Psychanalyse*, 74(2), 507-519. Paris: PUF.
- Jung, J. & Roussillon, R. (2013). L'identité et le double "transitionnel". *Revue Française de Psychanalyse*, 77(4). Paris: PUF.
- Lacan, J. (1966). Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je (1949) (89-97). *Les Écrits*. Paris: Seuil.
- Parat, C. (1995). *L'affect partagé*. Paris: PUF.
- Rank, O. (2001). Le double. *Don Juan et le double* (1922). (11-140). Paris: Payot.
- Rochat, Ph. (2003). Conscience de soi et des autres au début de la vie. *Enfance*, 1, 39-47. Paris: PUF.
- Roussillon, R. (1999). Violence et culpabilité primaire. *Agonie, clivage et symbolisation* (78-94). Paris: PUF.
- Roussillon, R. (2004). La dépendance primitive et l'homosexualité primaire "en doublé". *Revue Française de Psychanalyse*, 68(2), 421-439. Paris: PUF.
- Roussillon, R. & al. (2007). *Manuel de psychologie et de psychopathologie clinique générale*. Paris: Masson.
- Roussillon, R. (2008). Le partage de l'affect et la réflexivité par l'homosexualité primaire "en doublé". *Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité* (103-119). Paris: Dunod.
- Roussillon, R. (2011). Déconstruction du narcissisme primaire. *L'année psychanalytique internationale*, 1, 177-193.
- Seulin, C. (2011). Michael Balint et l'amour: une réfutation du narcissisme primaire. *Revue Française de Psychosomatique*, 40(2), 93-108. Paris: PUF.
- Stern, D. N. (1999). *Le monde interpersonnel du nourrisson* (1989). Paris: PUF.
- Trevarthen, C. & Aitken, K. J. (2003). Intersubjectivité chez le nourrisson: recherche, théorie et application clinique. *Devenir*, 15(4), 309-428. Chêne-Bourg (Suisse): Édition Médecine et Hygiène.
- Winnicott, D. W. (1995). *Jeu et réalité* (1971). Paris: Gallimard.

